

Proyecto: Construcción de Paz con enfoque de género: por una cultura de paz y respeto por los derechos humanos de todos y todas



ESCUELA POLÍTICA
Travesía por la paz y la equidad de género

SESIÓN #10
MASCULINIDADES NO PATRIARCALES



ESCUELA POLITICA “TRAVESIA POR LA PAZ Y LA EQUIDAD DE GÉNERO”

“MASCULINIDADES NO PATRIARCALES”

PÍLDORAS CONCEPTIVAS 10



MASCULINIDADES NO PATRIARCALES
Gustavo Adolfo Calle Quintero
Promotor de Masculinidades Equitativas y No Violentas

Introducción

El Taller sobre masculinidades no patriarcales permite involucrar directamente a los y las participantes en un ejercicio que pretende incidir en el reconocimiento y cuestionamiento de los valores y patrones de comportamiento y relacionamiento en las masculinidades, basados en el ejercicio de un poder dominante y violento, visualizando otras formas de vivenciar las masculinidades basadas en la sensibilidad, la equidad, el autocuidado y el cuidado de los otros y las otras.

Comprender en los hombres y en las mujeres la construcción social de las masculinidades y edificar el camino de repensárselas desde las subjetividades, las relaciones interpersonales y las vivencias cotidianas, es fundamental para avanzar en transformaciones desde el sentir, pensar y actuar, teniendo en cuenta que en los hombres, especialmente, estas dimensiones de la existencia están claramente dissociadas, y social y culturalmente se le ha dado prelación al raciocinio y a la fuerza de los actos masculinos, desde una mirada efectista o “productiva”.

Se hace necesario trabajar en los modelos de socialización que generan dichas interpretaciones culturales con base en el género, asimismo se requiere la inclusión de nuevos contenidos en los procesos formativos, relativos a los derechos humanos, la equidad de género y la resolución pacífica de conflictos, entre otros, en los que se evidencie el carácter opresor del machismo y de la masculinidad hegemónica, en interrelación estrecha con otras formas de opresión, y se promuevan modelos no hegemónicos de masculinidad desde los contextos culturales y las propias formas de intercambiar las vivencias de los hombres y mujeres, grupos y comunidades. En este marco se construye la propuesta de Taller sobre Masculinidades No Patriarcales.

Un esbozo del marco histórico, social y político del trabajo en masculinidades

La aparición de movimientos y colectivos alrededor de la promoción de masculinidades no hegemónicas o alternativas no se originó con la incursión de los hombres en estos procesos. Desde mucho antes de que los hombres empezaran a involucrarse, las mujeres académicas, investigadoras y activistas sociales avanzaban especialmente en estudios sobre las inequidades de género desde una perspectiva feminista en los años setenta. Desde estos abordarían realidades sociales como el rompimiento del tradicional sistema sexo – género y la consecuente transformación de las masculinidades a la que condujo.

En el mundo, los primeros grupos de hombres y/o activistas en pro del feminismo o de las masculinidades no hegemónicas se ubican a comienzos de la década de los setenta, período en la que se desarrollaron diferentes movimientos sociales y políticos como el movimiento gay, el movimiento feminista y el movimiento indigenista. Muchos de los primeros activistas participaron en la guerra e hicieron parte del movimiento antimilitarista y pacifista, en tiempos de la guerra de Vietnam en los Estados Unidos.

Los hombres que participaron en movimientos ecologistas y por los derechos humanos también se sensibilizaron frente a las realidades de las mujeres, especialmente las relacionadas con las violencias de género y la desigualdad. En la década de los ochenta, en Norte América y Europa, surgirían los primeros grupos u organizaciones de hombres militantes del feminismo que plantearon la necesidad de avanzar en ejercicios de estudio, autorreflexión y transformación de las masculinidades, algunos articulados a los movimientos de mujeres, otros en procesos más aislados.

La Furcia (2013) identifica una serie de factores que inciden en esos cambios. La transformación de las estructuras económicas y la composición del mercado con la subsecuente emergencia de sectores económicos como el de servicios y tecnológico; los efectos nocivos de las prácticas económicas sobre la naturaleza; la inserción masiva de las mujeres al mercado y al sistema educativo; los cambios en la vida sexual y en la familia tradicional; la aparición de la pandemia del SIDA; la influencia de las organizaciones de mujeres y de los movimientos feministas; la participación paulatina de los hombres en actividades tradicionalmente realizadas por las mujeres como las labores domésticas y el cuidado de los hijos; conllevaron al cuestionamiento de los efectos de las prácticas y discursos de los hombres y a una especie de sentimiento de pérdida de poder en estos, que se conoce como “crisis de la masculinidad”.

Seguido, hace un análisis de cómo dichos cambios fueron interpretados desde estudios aportados por la investigación feminista, con avances significativos a finales de los ochenta y principios de los noventa. Paralelamente, las exigencias del movimiento feminista expresadas en las agendas internacionales como la Conferencia Internacional sobre la Población y Desarrollo de El Cairo en 1994 y la Conferencia Mundial sobre la Mujer de Beijing en 1995, plantearon preocupaciones académicas y políticas relacionadas con las realidades de las mujeres y la posición y participación de los hombres en las inequidades y violencias de género, y en la búsqueda de condiciones de igualdad y equidad entre mujeres y hombres. Producto de toda esta movilización internacional, las políticas públicas con enfoque de género y la incidencia que empieza a tener la cooperación internacional en las agendas de los países continúan planteando la necesidad perentoria de incluir a los hombres y a las masculinidades en procesos de intervención social, de investigación y de educación, relacionados con problemáticas como las violencias de género, la violencia masculina, la conciliación trabajo-familia, las paternidades, la salud sexual y la salud reproductiva, entre otros.

Las reflexiones conceptuales e investigaciones empíricas en el marco de la aparición de centros o instituciones creadas para la realización de estudios de género; la implementación de programas o servicios de salud sexual y reproductiva dirigidos a hombres, por parte de instituciones privadas; la aparición de algunos programas y proyectos sociales de carácter público abordando problemáticas como las violencias, la salud sexual y reproductiva y la paternidad; y la incidencia del movimiento y los colectivos de mujeres en una perspectiva feminista en dinámicas de movilización y debate alrededor de la equidad de género, el empoderamiento de las mujeres y la participación de los hombres en las violencias y desigualdades de género; son factores que motivaron la incursión de los hombres, de un lado, en el campo de los estudios de masculinidades, buscando evidenciar las bases culturales que sustentan la masculinidad hegemónica y visibilizando y promoviendo alternativas de vivenciar las masculinidades, y de otro, en la creación de colectivos, organizaciones e instituciones que trabajan con hombres o con las masculinidades, y de espacios de articulación o trabajo conjunto.



“Entre los espacios o redes que congregan o articulan a diferentes iniciativas se encuentran a nivel mundial la Alianza Global de los hombres por la Equidad de Género Men Engage y la Campaña del Lazo Blanco, en Latinoamérica los Coloquios Internacionales sobre Varones y Masculinidades, a nivel nacional los Encuentros Temáticos de Masculinidades, la Red de Masculinidades No Hegemónicas promovida por la Fundación Cedavida, la Red Colombiana de Masculinidades por la Equidad de Género, y en el suroccidente colombiano el Primer encuentro de Hombres por la No Violencia “De hombre a hombre sembrando semillas de No Violencia” promovido por las organizaciones Taller Abierto y Corporación Viviendo, evento que propiciaría el surgimiento del Círculo de hombres de Cali en el mes de abril de 2014, como una alternativa para el encuentro y confluencia de hombres en torno al intercambio de historias, vivencias, reflexiones y acciones de movilización, por masculinidades que contribuyan a la equidad y a la no violencia de género.

Un acercamiento conceptual a las masculinidades

Hablar de modelos no patriarcales de masculinidad implica necesariamente reconocer el modelo hegemónico y comprender la categoría conceptual de masculinidades. Se entienden las **Masculinidades** como los discursos, comportamientos, ámbitos, símbolos, características e intereses asignados a los hombres (asignación cultural de género) y la interiorización que estos hacen de todo aquello en sus diversas concepciones y prácticas de vida (identidad de género), en contextos específicos, sociales, culturales e históricos. Viveros (2001) aporta el principio de interseccionalidad cuando concibe la masculinidad como una construcción cultural que se materializa en condiciones diferenciadas de clase, edad, raza y etnicidad, las cuales se interrelacionan entre sí y permiten comprenderla desde una realidad compleja y no como una cualidad esencial fija; es decir como un proceso histórico que se alimenta de factores del entorno social y cultural, pero que también puede orientar un rumbo a partir de la decisión o voluntad de transformación de los sujetos en sus contextos.

La Masculinidad Hegemónica, o según la denominación de Conell (1995) “*formas hegemónicas de masculinidad*”, tiene que ver con una serie de discursos, frases, actitudes, gestos, símbolos, rituales y características que construyen un ideal de cómo un ser humano que nace con pene y testículos debe ser y comportarse, y está representada en la figura del hombre blanco, heterosexual, que ejerce distintas formas de poder (económico, político, racial, violento, racional, entre otros) con estéticas y características físicas dominantes. Dicho modelo que se impone como “único” y “universal”, se configura como un modelo colonial de ser hombre, proviene de las estructuras centrales en la sociedad (económico, político y cultural), y se transmite y legitima a través de la familia, la escuela, las relaciones de pares, las instituciones y los medios de comunicación.

El modelo hegemónico se basa en el machismo como ideología del imaginario de superioridad masculina que sobrevalora la masculinidad heterosexual como dominante, importante y deseable, y subvalora lo femenino y lo feminizado como inferior y menos prestigioso, partiendo de argumentos y actuaciones que buscan justificar e imponer dicha “superioridad”. Además, este modelo constituye el patriarcado como sistema social organizado en torno al dominio y a una serie extensa de privilegios para los hombres. Desde la concepción dominante el hombre debe ser ante todo proveedor material, protector por medio de la fuerza y penetrador sexual, lo que configura lo que se conoce como virilidad (Kaufman, 1995).

Esta masculinidad que se caracteriza por ser heterosexista, clasista y racista, entre otras cosas, incide en la presencia y en el uso de los cuerpos: cuerpos masculinos heterosexuales, penetradores, con estéticas dominantes, sin rasgos de vulnerabilidad física o emocional. De otro lado, los cuerpos no blancos y no heterosexuales; los cuerpos feminizados; los cuerpos subalternizados relegados a la periferia social y pertenecientes a los territorios y grupos humanos empobrecidos; los cuerpos estigmatizados como disfuncionales o discapacitados; para no ser excluidos en su totalidad, deben cumplir con los otros atributos de la masculinidad hegemónica, si desean ubicarse en lugares o espacios de poder o micropoder. Es allí cuando la masculinidad hegemónica se convierte también en un mandato en los sectores históricamente excluidos y discriminados.

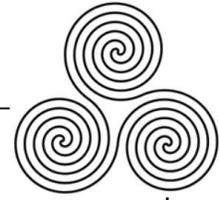
Ahora, Kaufman señala que aunque los hombres tienen un “nexo” con esa masculinidad hegemónica a partir de los beneficios y privilegios que les producen, esta relación demanda suprimir sus emociones y necesidades, por lo que el poder de la masculinidad hegemónica dominante se convierte en fuente de “enorme dolor” para los hombres, dolor que se sublima a través de la defensa de la “hombría” o el “honor u orgullo masculino”.

En este mismo sentido Seidler (2000) hace referencia a que el poder de los hombres también surge del mismo proceso en que ellos asimilaron su rol como seres racionales que tienen el poder y el control, culpando a las mujeres por sus fracasos y guardando silencio sobre todo aquello que sienten. Ese control, que también se ejerce sobre otros hombres para mantener el rol masculino, produce fuertes experiencias homofóbicas entre ellos. De esta forma, la masculinidad hegemónica se traduce en formas de ejercer el control y en abuso de poder sobre las mujeres y sobre otros hombres, y al hacerlo se generan elevados costos emocionales y físicos para los hombres, que terminan afectando también sus vidas.

Producto de esta masculinidad que persigue permanentemente la demostración de “hombría”, coexisten junto a las violencias ejercidas sobre las mujeres y sobre otros hombres, las violencias que se ejercen sobre sí mismos, reflejadas en masculinidades poco propensas al autocuidado, mediante prácticas como los comportamientos de riesgo en el espacio público (accidentes de tránsito), el abuso en los consumos, el no ejercicio del autocuidado en lo que respecta a la salud física, sexual y emocional, sin medir los riesgos para la salud propia ni para la salud de los otros y las otras. Así, la masculinidad hegemónica termina estando relacionada íntimamente con las violencias de género y con las violencias masculinas en general.

Para adentrarse en el mundo de las **Masculinidades No Hegemónicas** es necesario superar la noción estereotipada de “*todos los hombres son iguales*”, y de esta manera reconocer la diversidad que existe por cuestiones étnicas, de edad, económicas, regionales, culturales, sexuales, siempre presentes en la construcción de la masculinidad. Sin embargo, la constatación de la diversidad no debe llevar a soslayar que existen discursos y prácticas a nivel global y en cada contexto, que se han construido desde el deber ser asignado e impuesto a los hombres, que son transversales al conjunto de la sociedad y se han construido a lo largo de la historia.

Las Masculinidades No Hegemónicas son todas aquellas masculinidades que no cumplen con la norma heterosexual, racista, clasista, estética, física y/o corporal hegemónica; o que siendo heterosexuales (afros, indígenas, mestizos o blancos) no cumplen con la norma hegemónica de ser hombre en sus otras características. Cuando los hombres se orientan a valorar el protagonismo social de las mujeres, a la consideración del beneficio integral de las familias y no solo a la satisfacción de sus necesidades materiales; a ejercer el poder de manera compartida y equitativa; a percibir los riesgos y ejercer prácticas de autocuidado; a vivir, expresar y compartir las emociones, los afectos y el placer; a optar por la solución no violenta de los conflictos; y a vivir el amor, el afecto, la sexualidad y los roles familiares sin arbitrariedad y bajo los principios de justicia, respeto y equidad; entre otros caminos; se puede decir que están avanzando en la construcción de masculinidades no hegemónicas.



La existencia de otras formas de vivenciar la masculinidad se da en medio de una constante tensión entre el “deber ser” impuesto por el modelo, las “posibilidades de ser” que realmente el contexto proporciona y el “querer ser distintos” que emprenden algunos hombres, reacios a seguir los modelos estipulados, en consideración de los graves efectos que generan. Luchar por una transformación real y efectiva de la sociedad hacia el logro de la justicia, la equidad, la democracia y la libertad, pasa ineludiblemente por la superación del patriarcado. Esto es un imperativo ético y opción política que no se puede soslayar, aunque sea un camino lleno de tensiones, dudas e incertidumbres, pero a la vez ineludible, prioritario y esperanzador. Dicho camino no es nuevo; a lo largo de la historia han existido otras formas de vivir y significar lo que se conoce como femenino y masculino, y las relaciones entre hombres y mujeres. Los roles del cuidado han sido asumidos por hombres en una diversidad de culturas no blancas o no occidentales, indígenas, afros o negras y asiáticas; las categorías binarias de lo masculino y lo femenino tampoco han sido una norma en todas las comunidades; los valores sobre los que se han construido las masculinidades no siempre han respondido a los que se imponen desde el patriarcado. De allí que hablar de nuevas masculinidades deja a un lado esa construcción histórica que no necesariamente ha sido un producto “moderno” de las sociedades o culturas europeas.

Lo anterior, a la par de los procesos que vienen liderando los colectivos y movimientos de mujeres, que han abierto el camino hacia la consecución de derechos para las mujeres, y de legislaciones y políticas que propugnan por la equidad e igualdad de género, hace imperativo generar también espacios de encuentro y reflexión entre los hombres que hacen parte de sus contextos familiares, sociales y laborales, que conlleven a abordar las múltiples preguntas que como seres humanos tienen en su vida personal, familiar, social y espiritual. El camino de la equidad y la no violencia se construye con las mujeres y con los hombres, promoviendo las transformaciones entre los mismos hombres, como lo vienen haciendo las mujeres en sus procesos.

En este sentido, trabajar el tema de las masculinidades con hombres y con mujeres tiene el propósito de transformar los discursos, actitudes, comportamientos, contenidos y estructuras; de tal forma que, por un lado, se propicie el reconocimiento, valoración y transformación de los factores que producen y explican las inequidades y las violencias, y de las dinámicas y formas que adquieren a nivel subjetivo, intersubjetivo y social, y, por otro, se reflexione y se promueva la construcción de masculinidades que se relacionen con las demás personas y consigo mismo desde la No Violencia y la Equidad.